

IX CERTAMEN ESCOLAR RELATOS CORTOS “HERMANO EDUARDO MONTERO”
ASOCIACIÓN DE ANTIGUOS ALUMNOS COLEGIO NTRA. SRA. LOURDES
1º Premio Categoría A

LA SUSTANCIA DE LAS ALMAS

CLAUDIA SARDÓN ALONSO
2º D de ESO

Sea cual sea la sustancia de la que están hechas las almas, la tuya y la mía son idénticas. Estas fueron las últimas palabras que leí de él, de mi mejor amigo Lucas.

Después de un largo trimestre, por fin llegaron las vacaciones de Semana Santa. Yo estaba contento de recibir las notas en las cuales me había esforzado tanto y poder tener un descanso; pero él no, y le comprendía, después de todo, unas simples vacaciones no le podían alegrar.

Él estaba distante y apenado desde que pasó lo de sus padres semanas antes. Se habían divorciado y ya todo era distinto. Todos los domingos iba de casa en casa, aunque no le gustase estar en ninguna. Cuando estaba con su madre no paraban de discutir por tonterías, como su hora de llegada o por no recoger su cuarto, y al llegar a casa de su padre se podía oler el fuerte olor de alcohol de las muchas latas de cerveza que se tomaba al día. Ver a tu padre así con su edad no es algo agradable y eso que nadie del barrio se esperaba verle así de inestable tras su separación. Aun así, él me mostraba una sonrisa cada vez que estaba a mi lado, solamente para que yo estuviese contento, pero yo sabía que lo estaba pasando mal, por eso yo nunca me separe de su lado. Era fácil ver su estado de ánimo con solo verle a los ojos, aunque últimamente me costaba mucho más ya que se le veían siempre muy rojos. Le pregunté si era porque no dormía o por llorar, pero me dijo que sería por el cansancio y que no me preocupase.

Esa misma noche busqué información sobre qué pasa si tienes los ojos hinchados y enrojecidos. Me aparecieron varias causas: cansancio, falta de sueño, llorar y la que más me impactó: las drogas. Me pareció algo muy fuerte para Lucas, aunque yo sabía que él no podría hacer eso. Le llamé para ver que tal estaba, pero no me lo cogió,

por lo que pensé que estaría con su padre ayudándole a mantenerse en pie o escribiendo. Le apasionaba escribir, nunca se cansaba de ello, siempre estaba escribiendo cartas o libros, pero nunca me dejó leerlas hasta lo que pasó. La última vez que le pregunté cuando podría leerlas me dijo que no tardaría en dármelas, que tuviese paciencia porque estaba preparando algo muy especial.

Ya que no me cogía el teléfono, decidí sacar a mi perro Woody, el nombre lo decidió él porque venía de su película favorita Toy Story. Nunca me contó el porqué, solo me decía que le parecía un nombre con un significado muy bonito y que algún día entendería la razón de ese nombre.

De vuelta a casa, vi a un grupo de adolescentes de alrededor de 18 años con uno de mi edad, de 15, metidos en un estrecho y oscuro callejón. Yo que era muy observador me fijé en los zapatos del chico de mi edad, eran una Nike Retro 1, únicas en Madrid, solo se vendían en una tienda de aquí, y eran justo las mismas que consiguió mi mejor amigo cuando le acompañé a comprárselas.

Al día siguiente, era finde semana y me acerqué a ver a Lucas para preguntarle si ayer estuvo por las calles cerca de mi casa. Primero fui a casa de su padre, me daba mucha pena verle en ese estado porque desde que murió el mío, él siempre ha estado conmigo; incluso se encargaba de celebrar mis cumpleaños ya que mi madre estaba muy ocupada por el trabajo; y eso se lo agradeceré toda la vida. Al entrar, me sonrió y me invitó a sentarme con él, y después de un rato me dijo que Lucas estaba con su madre. Al despedirme, me dio un abrazo que hizo que recordase los buenos tiempos, luego me fui a su otra casa.

Volver a casa de su madre después de un tiempo hizo que me entrase un malestar en el cuerpo. Al abrirme la puerta, su cara al verme no fue de alegría sino de desagrado, nunca le caí bien, solo por el hecho de que no me veía un buen amigo para su hijo. Me dijo que si estaba buscando a Lucas que no estaba en ese momento, que había salido. Me empezó a contar que estaba muy raro, que sus notas eran muy malas y que siempre que estaba en la calle volvía muy tarde a casa, como ayer, y que la excusa del cansancio de sus ojos enrojecidos ella no se lo creía.

Volví preocupado a casa, él era muy listo, y no le hacía falta estudiar para sacar la nota más alta de clase, además de que nunca le había gustado volver de noche a su casa; por eso siempre que quedábamos los fines de semana se quedaba a dormir en la mía. Recordando eso se me ocurrió la idea de invitarle a dormir el próximo viernes. Recuerdo las veces que nos quedábamos en mi terraza viendo las estrellas mientras me contaba las historias que su abuelo le contaba sobre las noches estrelladas; y yo, siempre me quedaba dormido mientras me hablaba sobre las constelaciones, aquellas que le gustaban tanto como escribir.

Llegó el viernes, y yo estaba esperando a Lucas en la puerta del instituto para entrar juntos. Al verle, fui corriendo a abrazarle y, me recibió con los brazos bien abiertos, cosa que hizo que me pusiese aún más contento porque me encantaba verle sonreír; como cuando éramos niños, con esa sonrisa en la cara que nadie le podía quitar. De camino a clase, le conté emocionado que esa misma tarde podía quedarse a dormir en mi casa como antes. Me contestó que le parecía una idea estupenda y que le hacía falta. Al decir eso, le vi sacar esa sonrisa que no había visto en mucho tiempo.

Con la ayuda de mi madre le compré todo lo que le gustaba, como sus chuches favoritas, incluso adornos para la terraza y cojines. Cuando llegó por la tarde estuvimos viendo varias películas incluyendo la de Toy Story o parecidas. Al terminarlas nos fuimos a la terraza, nos tumbamos y me empezó a hablar de las estrellas, cosa que me encantaba, sobre todo porque a la hora de contármelo lo decía con una ilusión que era imposible de explicar, pero hacía que vieras el espacio como algo mágico.

Después de contarme cosas nuevas sobre ellas, me dijo que estuviese atento a lo que me iba a decir ahora, abrí bien los oídos y escuché lo que me quería decir: me explicó que la amistad es como una estrella que brilla cuando todo está oscuro; como le pasaba a él estas semanas que lo estaba pasando mal, y que yo no le había dejado solo, que siempre había estado a su lado, y que una amistad no hacía falta ser desde siempre para ser para siempre.

Él no se dio cuenta, pero se me escaparon algunas lágrimas por las palabras que me acababa de dedicar. No fue solo por eso, sino por todo lo que habíamos pasado juntos. Recuerdo los días con su padre jugando en su casa o viendo la tele hasta la

madrugada, también los paseos que dábamos junto a mi perro hasta que se nos ocurrió qué nombre ponerle, además de cuando se le rompió el brazo jugando por su patio y que no me fui del hospital hasta que le dieron el alta para que no estuviese solo en esos sitios tan tristes. Me acuerdo de cuando me contó lo de sus padres y no me separé de él hasta que dejó de llorar, recuerdo cuando viajamos a Portugal con nuestros padres y que en el viaje de vuelta no nos parábamos de reír mientras él escribía cartas, así como cuando fuimos a comprar sus zapatillas, las cuales estuvimos horas buscando por todas las tiendas de Madrid; pero ver su cara de felicidad al tenerlas no se compraba por nada del mundo. También me acuerdo de aquel gran concierto de Hombres G, al cual nos costó tanto conseguir las entradas, pero que fue increíble; además de que cuando echaron la película fuimos corriendo al cine para ser los primeros en verla de la ilusión que nos hacía.

Recuerdo cuando me invitó a su pueblo a conocer a su abuelo, le encantaba que yo estuviese con él. Cuando estuve con ellos, fue cuando entendí porque le gustaba tanto escribir. Su abuelo desde pequeño solo le enseñaba por las cosas que había leído y cuando le preguntaba sobre algo él le decía que lo buscara en un libro, de ahí que era tan listo. Su abuelo fue un gran escritor y en todos sus libros al principio, siempre había una frase dedicada a su nieto. Pensando en todos los recuerdos juntos me acabé quedando dormido en un sueño en el que solo existían dos mejores amigos que no paraban de reír y disfrutar.

Al despertarme estaba solo, bajé al comedor para buscar a Lucas y desayunar juntos, pero no estaba. Vi a mi madre hablando con una voz demasiado triste a través del teléfono. Le pregunté que dónde estaba Lucas, pero no me contestó, simplemente me dio un abrazo. Me estaba empezando a preocupar, no veía a Lucas por ningún lado y mi madre empezó a llorar sin parar. Le pregunté agobiado qué estaba pasando y me dijo que me montase en el coche. Todavía estaba en pijama, pero eso no importaba. Fui corriendo a montarme en el coche para averiguar dónde estaba mi mejor amigo y porque mi madre estaba así.

Tiempo después hicimos una parada, el hospital. No sé por qué, pero nada más llegar sentí algo que no había sentido nunca, como un vacío dentro de mí. Seguí a mi madre a ver adónde me llevaba, y llegamos a la habitación 97. Al entrar no podía creer

lo que estaba viendo, ahí estaba, en una triste cama con un pijama de puntos, mi mejor amigo, mi mejor compañía y mi mayor apoyo sin ninguna expresión que me dijese que estaba ahí conmigo. Empecé a llorar desoladamente sin creer lo que estaba viendo, y me aferré fuertemente a su mano para sentir que aún estaba vivo, que no se había ido de mi lado, aunque supiese que ya no valía la pena.

Unas horas después, entró su padre con varias cajas. Lo primero que hizo al verme fue apretarme contra su pecho en un gesto de cariño, y me contó mientras controlaba las lágrimas que su hijo había estado tomando drogas recientemente y que de tanto consumirlas había acabado en esa cama de hospital. Después de que se calmase, me mostró lo que había en las cajas, eran todos los libros y cartas de Lucas. Le pregunté que tenían que ver conmigo y me dijo que todas y cada una de ellas estaban dedicadas para mí; agradecido, le di otro gran abrazo y me dejó a solas con Lucas y con todos los recuerdos que me quedaban de él.

Empecé a leerlas una a una, cuantas más leía más lloraba. La última que leí fue la última que escribió justo ayer, seguramente un rato después de que me quedase dormido. Esa última noche que nos vimos me dedicó unas palabras que nunca voy a olvidar. En aquella última carta me contaba por qué le puso Woody a mi perro, que era porque como bien dice la película Toy Story lo que hace especial a un amigo es que jamás te abandona, que él estará contigo pase lo que pase; y eso es lo que yo hice, que siempre estuve con él cuando más me necesitaba por muy difíciles que estuviesen las cosas.

En esa misma carta me explicaba porque había llegado a esa situación. Y que, si no hubiese sido por mí, hubiese acabado así mucho antes, que yo era la razón por la que sonreía todos los días y que si algo le había enseñado la vida era que un amigo es lo mejor que alguien puede tener. También me contaba que su madre le dio la vida, pero que yo se la di a él, haciendo que nunca se rindiera y que; además, hay amigos y hay familia, pero hay amigos que se convierten en familia.

Lo que realmente me encantó fue cómo se llamaba la carta: “La sustancia de las almas”. Y era porque al final del libro estaba la frase más especial que he podido leer, y

decía así: “fuera cual fuera la sustancia de las que están hechas las almas, la suya y la mía eran idénticas”.